



**SOBRE FORMAS
QUE SE NOS CRUZAN
ENTREVISTA A MARÍA PÍA LÓPEZ**

Entrevista hecha por Juan Laxagueborde

Fecha de realización: Diciembre 2019

Conversé con María Pía López algún domingo de noviembre en su departamento de Balvanera, tomando mate. Pía es siempre muy generosa y hospitalaria en la manera en que cuenta lo que piensa, mientras piensa de qué modo contarle mejor. De ahí que tenga algo de narradora ensayista y viceversa. Está atenta a los imponderables de la lengua y los agarra para fomentar una charla más rica. En este caso hablamos de la lectura cruzada como método y la lectura como curiosidad cruzada. Sobre la creatividad vitalista, la afirmación y la gracia de las formas...

¿Cómo pensarías la idea de lectura cruzada más allá de los libros y en relación a lo que haces, como ensayista y como docente? ¿Cómo pensar todo esto en función de tu relación con la sociología más bien artística?

La sociología en sí no me parece algo interesante. Hay gente que hace muy buena sociología empírica y metódica. No es lo mío. Al mismo tiempo, nuestra carrera tiene algo que otras carreras no: travesías muy al borde, cruces y situaciones donde al propio vacío de un objeto o un contenido fuerte se lo puede mixturar con otras cosas para traicionarlo. Ahí, las cosas diferentes que a la vez se pueden poner en cruce, son posibles gracias al ensayo, a la escritura ensayística. Es el método de poder ir poniendo algo al lado de algo y que cuando lo lees esté buenisima esa conexión, pero a la vez sea inesperada, no esté dada. Hay ensayo cuando se produce esa especie de arbitrariedad entre lecturas. Los ensayos más interesantes parten de una arbitrariedad feroz, cuando los estás leyendo decís "esto es así, pero no me hubiese dado cuenta de no haberlo leído". Lo que más me interesa como modo de pensamiento es el borde (con la filosofía, con la literatura) donde los géneros son siempre poco rigurosos.

¿A qué le llamarías poco rigurosos?

Por ejemplo, cuando leo novelas, me interesan aquellas que no pertenecen tradicionalmente al mundo de la narración. Que implican algún quiebre formal, que trabajan con la lengua, con la poesía, con el ensayo internamente. Los géneros rigurosos en su formato no me dan tantas posibilidades del ejercicio de un pensamiento, incluso los de filosofía pura, sistemática. Por eso no me identifico con la sociología. Porque no tengo demasiada vocación de recolección de datos. Lo que más me interesa, entonces, es la pregunta por cómo se abordan las cosas, hablar sobre las cosas, algo más literario que sociológico.

¿El cómo abordar no sería un método incluso? La pregunta, esa duda...

Sí, pero es menos un problema en relación al objeto social en el sentido clásico, que respecto del orden de cómo los textos abordan un problema. Cómo se producen discusiones al interior de los modos de nombrar, de los razonamientos, de las retóricas. El objeto sería el orden de los discursos sociales.

Pensaba que vos todo el tiempo en tus libros, para nombrar al autor que estudias, soles decir, "el autor de...", Pareciera que cuando lees a una persona lees sus textos. Una persona es la que es y es sus libros. Sus libros son su nombre. ¿Cómo sería ese cruce? ¿El discurso social vive en el autor y en el libro?

El discurso singular, ¿no? Por qué hablaríamos de Lugones, sino como autor de ciertos libros... Muchas personas cuando escriben sobre Mariátegui suelen decirle el Amauta, por su revista y por el significado de esa palabra quechua: "sabio". Prefiero no incurrir en eso, no usar el calificativo, tan cargado de sentido y que habría que explicar mucho para no ser valorativo por demás. Prefiero el desplazamiento, cuando quieres evitar el nombre creo que es mejor referir sobre sus textos, según el momento del texto que escribis. Cada libro que nombras es un matiz, una pincelada. Esto se puede decir así cuando uno habla de ensayos, porque el sujeto del ensayo siempre es un sujeto que se afirma políticamente y se homologa a su texto: Horacio González es lo mismo que el autor de Restos Pampeanos. Pero no es así cuando hablamos de literatura: el autor es autor del libro pero no es lo que piensan sus personajes. Porque ahí hay ficción, hay personaje poético que hace distancia entre las voces del texto y la del autor o autora. Flaubert no es Madame Bovary, aunque algo hay. Martínez Estrada creía, por ejemplo, que Martín Fierro había gobernado a Hernández en la ida y que en la vuelta, Hernandez, es el que somete a Fierro, volviendo a subordinar al emancipado de la ida.

¿Cómo lees vos, en términos materiales? ¿Estudiar y leer es lo mismo?

Si, es lo mismo, leo subrayando y marcando siempre. Mi modo de leer cambió cuando empecé a dar clases. Ahí empezas a leer con una lógica utilitaria medio rara. Lees sabiendo qué es lo que vas a usar de lo que estás leyendo. Ya no lees para tener el panorama entero de los libros, sino por dos ideas que te van a quedar para hacer otras cosas, como una captura. Soy una lectora que combina atenciones muy focalizadas y desatenciones durante el mismo libro. Entro en mesetas y el libro se me va, pero me quedan dos o tres cosas fuertes. Tengo una lectura afirmativa, me detengo mucho en lo que me interesa recuperar. Lo anoto, lo reescribo, trato de hacer algo con eso. Lo apunto en un cuaderno. Pero cada vez me detengo menos en lo polémico o controversial, las partes con las que me exigiría entrar en un combate ar-

gumentativo, salvo que sea un escrito vinculado a un tema sobre el que estoy escribiendo o tomando una posición pública. Leo cada vez más lo que me da placer.

Vos decis en prólogo al libro sobre Lugones: “La pretendida organización del libro fue alterada por la irrupción de temas, de enlaces, de ecos literarios y políticos que fueron homenajeados o condenados como apostillas. Lo que no proviene del argumento central, sino del ejercicio mismo de leer.” Es como si las lecturas se te cruzaran en medio de un itinerario.

Sí, lo intempestivo con respecto al programa original. Pero también que estás leyendo un cuento o una novela y eso te lleva a otra cosa y así te vas yendo. Lo que valoro del ensayo es esa capacidad de alojar lo intempestivo.

La lectura cruzada por una cantidad de variables que no pueden sino cruzarlas: los demás libros, la vida, la historia.

Es probable que no exista la escritura no cruzada, pero me parece que aunque no exista aparece como el horizonte deseado de las instituciones de investigación, que un poco prescriben eso y que los trabajos estén ordenados, delimitados. Tienen algo monstruoso: tenes que definir antes todo lo que vas a hacer y no hacer. Eso es medio falso, porque luego se hace otra cosa, hay desvíos y en esos desvíos aparecen las preguntas. Esa pretensión priva al pensamiento de un orden abierto. Lo cierra: cuando querés escribir, por ejemplo, sobre Lugones, solo necesitas conocer lo último que en la academia se escribió sobre él, con eso alcanza. Prefiero otro camino, no porque sea mejor sino porque me despierta más curiosidad, y es el de ir hacia lecturas más periféricas, más antiguas, saborear ese anacronismo, porque son relativamente marginales o se les nota la vejez en el lenguaje extraño. Esa extrañeza es lo que me interesa, no tanto lo que ya es aceptado como concepto.

Ya no sería un tema cruzado por otro sino un tema “en desarrollo”, un supuesto progreso por vías encadenadas de una cuestión

Eso y considerar a la lengua como un horizonte de acumulación de conceptos. Hay algo de la escritura académica que me produce escozor. Por ejemplo: estás hablando y aparece la palabra amistad, seguida de un paréntesis, un apellido y un año. Ni siquiera tiene la generosidad, ese estilo de escritura, de poner una nota al pie para desplegar qué entiende por amistad tal o cual persona. Solamente te manda a la bibliografía, a leer el libro (si lo conseguís) y listo. Eso es muy horrible para la lengua. Se la piensa como acumulativa porque supones que los que escribieron antes dejaron el concepto sellado para que lo recuperes. No se le abre al lec-

tor el proceso de construcción de ese razonamiento. Abrirlo, generar una hospitalidad con la lectura. . . Eso es lo no cruzado, es lo cerrado, lo cercado. Pertenece a la idea de campo de conocimiento, con sus alambrados y sus tranqueras.

En el libro sobre vitalismo aclaras que viene de la tesis y que la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA te amparó ¿La propia facultad aún tiene esas zonas de hospitalidad, ese lugar abierto para pensamientos así?

Hay un saber universitario que reconoce siempre el pluralismo que constituye una Facultad, en la que conviven modos muy heterogéneos. Eso reaviva a la facultad, estamos todos ahí, pero no del mismo modo: hay relaciones de poder que se expresan en concursos, cargos, categorizaciones. Si no decimos esto es como festejar que habitamos lo plural cuando tampoco es tan así, porque hay formas muy tajantes de diferenciación y de dar o no posibilidades o lugares a determinados estilos de investigación y escritura. En la facultad nadie hace algo contra el ensayo, pero al mismo tiempo es una perspectiva que no aparece en el centro del programa de las carreras. Se convive, pero el ensayo es un lugar intersticial, que requiere operaciones de supervivencia casi astutas, que no ocupa lugares centrales. Algo parecido sucede con las perspectivas feministas al interior de la facultad. Los feminismos son muchísimos y el feminismo puede ser también un campo de luchas, como se vio en el encuentro plurinacional de La Plata en octubre. La querrela es necesaria y en ese encuentro permitió una crítica al modo en que la idea de nación arrastra la moldura colonial. Pero al mismo tiempo, es necesario apostar a forjar instancias transversales de acción y trabajo conjunto.

Eso está cerca de la idea de sensibilidad y atmósfera que desarrollas en Hacia la vida intensa, como un sentimiento general común que internamente no coincide.

Si, muchas veces las disputas son sangrientas, las mínimas diferencias se convierten en intolerables. Todo eso ocurre pero transcurre lo impensado. Como se presupone la horizontalidad y la idea un tanto ingenua de sororidad, como si no hubiera disputas de poder, políticas que suponen una cierta adversidad, cuestiones que hacen a las organizaciones y a la estructura de tomas de decisiones, todo eso se hace difícil de pensar. Pero es muy interesante: los feminismos permean todas las discusiones políticas, hacen crisis en todas las prácticas políticas tradicionales, y a la vez hay balbuceo y opacidad respecto de afirmar nuevas formas de disputar poder. La masividad construyó un nuevo escenario, muy promisorio y muy exigente.

Vos tenes, creo, siempre la idea de sostener tensiones entre sectores, la porosidad, el cruce creativo.

Cuando te reconoces como parte, con todas las tensiones del peronismo, es porque tenés una amplia tolerancia a las contradicciones y la pertenencia común con gente con la que tenés graves diferencias. La izquierda es una identidad que te une a gente con la que compartís casi todo. En cambio, un movimiento popular masivo como el peronismo es la asunción de que están muchísimas personas con las que no compartís otra cosa que estar en ese campo de definiciones políticas. Pienso a los feminismos del mismo modo: con ciertas coincidencias estratégicas sobre ciertos puntos, productivas controversias sobre muchos otros puntos, y al mismo tiempo procurando ser capaces de interpelar cada vez más a más sectores.

¿Ves esa disputa a nivel de la teoría feminista, de la bibliografía feminista, de los anaqueles en las librerías? Las lecturas y lo que se hace con las lecturas...

Lo que veo es que se está produciendo y traduciendo mucho. Pero en general no son tanto textos que clausuren un debate, sino que los veo como parte de la proliferación de algo que está en movimiento. Los textos se arrojan a la discusión, circulan y tienen lectoras inesperadas. Son libros vitales, con consecuencias inmedibles, hasta muy vendidos y criticados por la iglesia, como los de Luciana Peker. Veo un proceso virtuoso de aparición de libros y de formación teórica. La teoría en los feminismos no es imprescindible como en otros momentos del feminismo. El libro viene después y al mismo tiempo viene con el proceso de organización de los feminismos: una nueva forma de relación entre teoría y praxis. Se está desplegando una biblioteca pero también imágenes, películas, documentales, fotos, pinturas. Eso acontece y abona la sensibilidad, está en construcción una cultura nueva que nos permite pensarnos.

Me quedaba picando de hace un rato la relación entre clases, lectura y escritura...

Toda clase o escritura tienen que ser autosuficientes, la persona que esté ahí o que lea tiene que comprender, que no necesita un saber preexistente más allá del saber de la lengua en la que hablamos. Un docente no puede decir "no saben nada porque vienen mal preparados del secundario". Si no pueden entender una clase en la universidad es problema del docente y de sus clases. Tiene que haber un modo de que alguien que no haya leído Gramsci y su noción de hegemonía pueda abrirse a la cuestión, para que esas personas comprendan el sentido de lo que estoy diciendo. Cada vez me interesa más hacer libros más chicos y dar clases más chicas, más a la mano. Para demostrar más un procedimiento que un saber. Para que les demás noten que pueden

estar habilidades a su propio ejercicio del saber. Enseñar y proponer una forma, no una biblioteca. Para estar tranquila cuando se escribe o se da clase hay que asumir el propio no saber. También que no está en juego nada más que el oficio, que todo esto es un oficio. Es más difícil procurar ese lugar que poner en juego un dispositivo de demostración de erudición, y apostar nos obliga a pensar cuándo decimos que una clase o un escrito nos salen mal.

Una última pregunta que me quedó pendiente ¿Cómo ves los cruces que haces entre las cuestiones locales y las de América Latina?

Tiene que ver con algo del rechazo plebeyo a lo europeo. Como no hablo otras lenguas, el horizonte se me reduce a lo que tengo a mano y comprensible. También sospecho que no lo tengo por la propia afirmación de pensar acá. Algo que discutíamos en los noventa cuando hacíamos la revista La escena contemporánea era que la crisis social y política nos había revelado latinoamericanos. Había algo de la relación con la calle y con las maneras de habitar el conflicto social, que no era la Buenos Aires blanca caballitense. Las marchas piqueteras llegando al centro abrían otra cosa. La sorpresa era por los nuevos modos de relación con la ciudad de las clases populares. El interés por el rostro plebeyo de esa época nos lleva a los textos latinoamericanos. Se te cruza algo y te hace necesario pensar esas cosas desde un lugar nuevo: la pregunta por el sujeto político de la emancipación en América Latina, como tarea pendiente de los pensamientos revolucionarios o socialistas. El ensayismo latinoamericano me interesa en tanto reconstitución de lo popular, lo campesino, lo indígena. Los textos que tienen adentro la pregunta por la revolución desde acá. Y algo fundamental: el trabajo con la lengua, con lo formal. En ese sentido, la idea de ensayo de interpretación nacional, tan establecida, es menos interesante por su pregunta (cómo definir la clave de cada nación) que porque en cada caso esa inscripción nacional pone en juego una variante particular de la lengua: es decir que la nacionalidad es una materialidad lingüística, sonora.



SOBRE LA AUTORA

María Pia López (Trenque Lauquen, 1969) es socióloga, ensayista, investigadora y docente. Fue editora de las revistas El Ojo Mocho y La Escena contemporánea. Publicó los libros de ensayo *Mutantes. Trazos sobre los cuerpos* (Colihue, 1997), *Sabato o la moral de los argentinos* (Armas de la crítica, 1997, en colaboración con Guillermo Korn), *Lugones. Entre la aventura y la cruzada* (Colihue, 2004), *Hacia la vida intensa. Una historia de la sensibilidad vitalista* (Eudeba, 2010), *Yo ya no* (Cuarenta Rios, 2016) y *Apuntes para las miltancias* (Malisia, 2019). Escribió las novelas *No tengo tiempo* (Paradiso, 2010), *Habla Clara* (Paradiso, 2012), *Teatro de operaciones* (Paradiso, 2014). y *Miss Once* (Paradiso, 2015).